

Lejano  
Orureñas

# Adolfo de la Quintana Nieto

**Adolfo Enrique De la Quintana Nieto**, (1912-1988). Narrador y columnista del diario LA PATRIA de Oruro, egresado de la Facultad de derecho de la Universidad San Agustín de Oruro. Industrial minero. Como periodista, trabajó en los semanarios humorísticos: "Sobrino del Tío Pepe", y "Don Dicaz". En el periódico LA PATRIA mantuvo por muchos años, su columna de sátira social y política "Banderillazos", firmada con el seudónimo de "Manolete". En 1969, obtuvo importante premio en el Concurso de Cuento Folklórico, organizado por el Comité Departamental de Etnografía y Folklore de Oruro, por su trabajo: "Así fue...". La Compañía de Celso Peñaranda, puso en escena su obra teatral: "Sangre, Arena y Amor". Mucho antes de dejar de existir, anunció la publicación de su obra de carácter histórico-social: "Festín de Buitres", obra que sensiblemente, ha quedado inédita hasta la fecha. En reconocimiento a sus méritos, el gobierno Municipal de Oruro, le otorgó la condecoración "Escudo de Armas", en el grado de Servicios Especiales.



## Así fue...

Y el Chiruchiru, entró en su cueva, anhelante, fatigado por la huida, encendió el mechero que lo tenía colgado de las grietas de la roca y al darse luz, crecían y bañaban las sombras. El hombre se sentó sobre una piedra que le daba descanso, y metiendo una mano entre la camisa extraña algo que brilló a la luz, eran unas cuantas joyas.

El ladrón sonrió al ver satisfecha su hazaña y las bembas se contrajeron. Un algo extraño sintió que le corría por las manos, entonces subió ambas a la tenue luz del mechero que ardía crepitando su sebo y las contempló en las palmas y en el dorso, admirándolas, reverenciándolas, interiormente, porque esas manos eran las que le sostenían desde que apareció en el mundo, creció en la calle y muy cuestionariamente su hogar era una oquedad en el cerro del "Pie de Gallo", hasta que el viento llegaba para entumecerlo de frío, porque en ese silo maloliente sólo una nubesidad de baropos se encontraba por doquier.

El Chiruchiru no idea tenía de la vida de relación, para él, el próximo era un lobo, un enemigo al que había que abormentarlo, abordarle. El delincuente no tenía remordimiento, nada se le acumulaba en el entresijo de su conciencia.

Cuando el ángelus llegaba a la naciente ciudad, extendiendo las sombras, la campana de una iglesia hacia vibrar el ambiente hasta disolverse en la atmósfera, y desde aquella hora indecisa de la eterna lucha entre la luz y las sombras, la pupila malviviente asomaba al barrio que crecía, y en su espíritu temblón se entablaban una otra lucha en la que triunfaba el mal, siempre el mal, el robo, la piratería y el atracone.

La pociña era su mundo para el Chiruchiru, y en ella cumplió con todas las necesidades de su animal existencia, en la que sólo la intuición trazaba la estrategia del delito en complicidad con la soledad de todos los barrios.

Más, una noche el homónimo salió a desambular sin rumbo cierto, llegó a la Ranchería por Conchupata, su instituto lo empujaba a la fechoría, sin encontrar nada donde enganchar la gauza de sus diestros dedos, entonces sintió una especie de tristeza en el alma, era la nostalgia que le atacaba por la falta de acción.

Volvía el Chiruchiru de su caminar entre tinieblas casi orientándose por el olfato, cuando sus oídos percibieron un chirriar de carreta, torció una esquina y la luz le encendió dejándose como clavado muy cerca del Altillo, pues un carreton de fuego informal le pasó casi rosando sus calzaduras de miseria y subió lleno de fuma endiablada hacia el socavón, ante el dantesco espectáculo el Chiruchiru, sintió por primera vez, miedo, terror, quizá pánico, y pudo, arrastrando sus pies, llegar a la iglesia que se alzaba en una extensión libre, espacio en el que dormían las llamas que desde el amanecer transportaban "llampos" y mineral, haciendo el progresivo minero de Oruro, que fue su definitivo trabajo en incesante afán de progreso. El Chiruchiru temblaba y cogiendo el aludido ecleástico de la puerta de la Iglesia, lo golpeó con inusitada violencia.

Ave María Purísima, ¿quién va ahí? Voces el sacerdote, que llevaba un candil entre las manos.

—Abreme, el diablo está allá, el diablo está allá. Padrecito, clamaba desesperado el poseído.

El sacerdote alirio y llevó la llana hasta el rostro de quien pedía socorro de la Iglesia, y el hombre pudo percibir una cara curtiada por el dolor y la tempeste, surcada de pelambre, sucia de tierra y sudor.

—Quieres confesar tus fechorías. Es tarde Chiru, vuelve mañana a misa, los padres están sirviéndose su soconusco y no se los puede llamar. Vuelve mañana.

Y cuando así le cerraba la puerta de la casa de Dios, un anciano

cura apareció de milagro.

—Nunca se cierra la puerta a quien pide hospedaje. Dios no rechaza al peregrino. Y reconociendo al personaje, continuó.

—Tarde te llega tu arrepentimiento Chiru. Entra, salva tu alma de pecados, Dios quiere escucharte.

El malhechor estaba ausente a la palabra del santo, y le respondió como pudo:

—Yo vi al diablo que fue a mi cueva y estoy para enloquecer.

—Estás poseído del demonio Chiru tiene que adjurar de tu pasado y vivir amando al prójimo, respetando en ley.

Mientras tanto el beltrón no escuchaba sino el ruido del carro infernal y no veía sino al diablo conduciéndolo. Esa noche el Chiru durmió en el rincón de uno de los altares en el que infinitud de cirios floraban, mientras que otros alumbaban plenos para morir despiertos y prolongarse en capilar de humo y desaparecer como el espíritu de los muertos.

En ese estado de somnolencia el Chiru reflexionaba sobre la vida y la muerte, y las vueltas le estaban dando una gráfica demostración filosófica; la vida era una llama, era fuego, para después apagarse y morir sin remedio, embebido en estos pensamientos que no le vinieron nunca, el Chiru escrutaba momento a momento, el rostro macilento de un crucificado cuyos colores cambiaban a medida que los cirios elevaban su lengüeta de fuego, y a instantes el crucificado parecía moverse, contraer sus músculos, sufrir; sus ojos brillaban y no se apartaban del Chiru, pues donde iba, esos ojos buenos, esos ojos mansos lo seguían como su destino; hasta que una quietud de paz sumió al bellacón en sombras.

Desde Calacalca el sol alumbró el Pie de Gallo, y en la tarde de la Iglesia las campanas comenzaron su baile matinal, era el primer viernes de un mes de marzo. Los vecinos se encaminaron a la iglesia, contritos, piadosos. El cura recordó del Chiru y los buscó. El hombre había desaparecido. Entonces el cura en plática cordial después del Evangelio, ni río se sucedió por noches como una revelación de Dios contra el pecado, y un coro de voces fue la respuesta. Era cierto lo que el Chiru diviso horas antes, pues todos los mineros habían visto el carro infernal cuando se cocominaban a sus labores mineras. Y desde aquel día el rumor ganó los límites del Departamento.

—¿Sera el tío? ¿Quizá el anchancho? Las lenguas no se dieron reposo. Hasta que un viejo español que era labrador en las minas de San José, resolvió el problema con lógico concluyente.

—No es el tío, no puede ser, ya que el tío debería presentarse en la mina y no emerger de la ciudad y ir a la mina. Es el diablo, él pretende conquistarnos, concluyó.

Todos los mestizos lo aprobaron. Había que conjurar al diablo en su camino, vencerlo con los emblemas y signos de la santa religión, de níñí que los habitantes de la Villa no se dieron reposo hasta emportar en una casa céntrica del poblado una cruz verde. El Chiruchiru que ya era un creyente fervoroso fue el que ofició de albañil y un sentimiento unánime por aquel acto se alzó espontáneo entre todos. El Chiruchiru se reintegraba así a la sociedad, sus manos se plegaban para la oración.

Pero el destino es el que nos marca la ruta, nuestras vidas están predeterminadas por esa fuerza misteriosa que desde el primer instante, nos persigue hasta volver a reintegrarnos a la tierra, por eso es que el Chiruchiru no había vuelto a su madriguera desde que especió el paso del carro de fuego por el Altillo; pero una noche de tormenta ululante se encamino al Pie de Gallo, el agua de la lluvia le chorreaba por la cara, y en cada momento pasaba los dedos abiertos de su diestra por la hirsuta pelambre de su cabellera. Una ráfaga de viento le quitó un pedazo de los girones de su chaqueta y le dejó el torso desdoso, una mano sólo le quedaba de lo que fue aquella prensa, y llegó a lo oquedad que tantos años le cubriera del viento, el frío, la lluvia y del asueto vegetativo de la gente que todo lo culpaba porque era un desposeído, un malviviente, un enfermo de miseria crónica; por eso lo perseguían algunos que también a él, deseaban robarse lo robado,

para establecer así ese ininterrumpido intercambio social.

El Chiruchiru, entró en su madriguera y al fondo divisó una luz entre las sombras; una agitación desconocida hizo que su pecho se hinchara y paralizara la respiración. Entonces, finalmente, casi de cuchillas, pegándose a la roca comenzó a caminar y vio lo que ya había sospechado.

Comodamente instalado píjachando un bollo de coca, y fumando con intermitencias se encontraba el Tinini, un delincuente de mal historial, prófugo de la justicia, un demente para el que a única razón de su existencia consistía en matar...

El Chiru en su avance —Oh desgracia— hizo caer menudas piedras, y el oído afilado del bandido paró de inmediato las orejas y se incorporó dispuesto a la lucha. El Tinini por el olfato percibía que alguien lo acorralaba. Arrojó furioso su cigarrillo contra la roca y unas chispas se esparrumaron un instante. Entonces, el Chiru logró ver la fosforescencia de esos ojos que lo hipnotizaron y lo perdieron. Y con un vozarrón cavernoso el Tinini, indagó a las sombras.

—¿Quién va? Quién está aquí. Gritó subiendo su furor, avanzando desafiante y decidido.

El Chiru se heló, y el Tinini extendió los cabellos del Chiru. De su boca sólo escaparon blasfemias. El Chiru en su desesperación, con una fría piedra que así le abrió una herida en el brazo del Tinini y la sangre comenzó a fluirle quemante. Entonces ya no había nada de prever para el Chiru sino pelear hasta el destrozo, y su piedra que era un puñal en cierres, abrió una boca en el negro pecho del Tinini y ante el baño de su sangre reacudió la fiera. Los hombres rodaron por el suelo, jadeantes, mal heridos, las manos de ambos estaban pegajosas por la sangre que ahora manaba de los dos hombres en pelea. El mecherio consumió el sebo y se apagó, entonces la oscuridad fue completa. Afuera la tormenta arrebia y a ratos una luz azulina penetraba a la cueva como para solazarse de la gresca y obtener una fotografía, con el flash del relámpago. Hombres y elementos estaban desbordados, era el día de la Encarnación.

El Tinini al fin, después de consumir toda su bencéula energía en la pelea convirtió al Chiru en una pitrala, la mano que le atenuaba lo garganta se retiró luego de sentir palpitación dejándose por muerto.

Afuera rugía la tempestad y los barreños de los rayos caían sobre la cresta del Pie de Gallo, taladrándolo rabiosos, incesantes. Parecía que el anunciado fin del mundo había llegado. El Tinini se estremeció en la puerta de la cueva y quedó deslumbrado, enloquecido, ante la ira y el retumbar del trueno que sacudía la base misma de la tierra. Al homicida le alumbró también un relámpago a su ennegrecida conciencia y volviendo la vista, volvió a verlo al Chiru con la vida que se le escapaba en prolongados suspiros que más eran ayes de dolor por sus heridas. Y sucedió lo terrible. El fuego cósmico de los rayos, partió el cerro en dos mitades con un estruendo de cataclysmo; el Tinini enajenado bufa de su conciencia y de la tempestad, perdiéndose por siempre en un enorme boquete que se abrió para engullirlo.

En la cueva menesterosa, el Chiru aacebaba inconsciente, vencido. A la mañana siguiente, una extraña sensación le prestó fuerzas para alzarse, y contempló atónito la cueva transformada por el cataclysmo, mientras que allá en el hueco de la roca, una mujer morena, le sonreía dulce, suave, misteriosamente. El Chiru quisó nuirse de su mundo, pero era algo inalcanzable, pues estando allí, estaba lejano, y el Chiru en su homenaje le brindó su aliento, le entregó su vida. (\*).

La Villa se transformó en ciudad, y sus habitantes devotos y pendientes desde un entruco lejano se indumentaban como el diablo aquél que corría la Ranchería, conchupata y el Altillo, y se perdía en las oquedades, del barrio del Socavón.

(\*) La Virgen del Socavón, en su honor se celebra el famoso Carnaval Folklórico de Oruro.